

Las historias del mago Setne

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: George Barbier, imagen de cubierta de
La novela de la momia (ed. de 1929),

de Théophile Gautier, xilografía de Gasperini

© Biblioteca Nacional de Francia

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la edición, prólogo y traducciones de los relatos no asignados a otros traductores, Roger Fortea Bastart

© De «El novísimo Algazife», Rafael Llopis, por cortesía de David Llopis Aragones

© De «La momia del clavicordio», Alberto Laiseca, por cortesía de Julieta Eva Laiseca

© De «El caso que aconteció al doctor Alveiros», Vicente Risco, Fundación Vicente Risco

© De la traducción de «Nostalgias de obeliscos», Judit de Diego Muñoz

© De la traducción de «Textos coptos» (junto a Roger Fortea), «Conversaciones con una momia», «El anillo de Thoth», «Impresiones de Egipto», «En compañía de faraones» (junto a Montse Basté), Hara Kraan Basté

© De la traducción de «El rey y sus tres hijas», Luis Alberto de Cuenca

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-82-8

Depósito legal: M-999-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

LAS HISTORIAS DEL MAGO SETNE

y otros relatos sobre
el Egipto fantástico

Edición y prólogo de
Roger Fortea

Traducciones de
Hara Kraan y Montse Basté,
Luis Alberto de Cuenca,
Judit de Diego y Roger Fortea

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Prólogo	
Una momia recorre Europa...	15

LAS HISTORIAS DEL MAGO SETNE

Setne, Naneferkaptah y el Libro de Thoth	35
Las aventuras de Setne y su hijo Si-Osiris	57

OTROS RELATOS SOBRE EL EGIPTO FANTÁSTICO


<i>Philopseudeis</i> , o los cuentistas	
LUCIANO DE SAMÓSATA	83

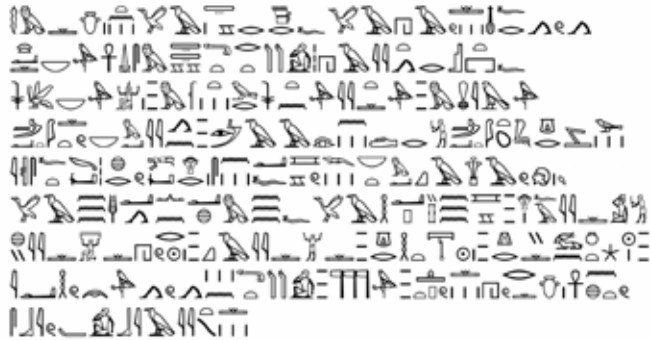
Vida de Marco Antonio (fragmentos)	113
PLUTARCO	

De la divina concepción y nacimiento de Alejandro Magno	
PSEUDO CALÍSTENES	123

El <i>Physiologus</i>	
Anónimo	
Sobre el <i>enudris</i> y el icneumon	137
Sobre el ave fénix	138
Historias coptas	
Apotegmas de los padres del desierto	
Anónimo	145
La destrucción del templo pagano	
DIÓSCORO DE ALEJANDRÍA	147
Pisentius y la momia	
JUAN EL ANCIANO	151
Las praderas de oro	
AL-MASUDI	159
El sueño de Polífilo (fragmento del capítulo IV)	
Atribuido a FRANCESCO COLONNA	169
El libro de las perlas ocultas	
Anónimo	189
El rey y sus tres hijas	
HORACE WALPOLE	197
La imagen velada de Sais	
FRIEDRICH SCHILLER	205
Conversación con una momia	
EDGAR ALLAN POE	211
Nostalgias de obeliscos	
THÉOPHILE GAUTIER	235

Amenti	
EDUARD TODA	245
El anillo de Thoth	
ARTHUR CONAN DOYLE	251
La nana de Isis	
APELES MESTRES	275
La sacerdotisa de Amón-Re: Un estudio sobre coincidencias	
ADA GOODRICH-FREER	279
Impresiones de Egipto	
ALGERNON BLACKWOOD	299
Del caso que aconteció al doctor Alveiros	
VICENTE RISCO	313
Encerrado con los faraones	
H. P. LOVECRAFT y HARRY HOUDINI	339
Segundo cuaderno intermediario: Textos sin rey	
TOMÀS RÚFOL	381
El novísimo Algazife, o Libro de las postrimerías (fragmentos)	
RAFAEL LLOPIS	389
La momia del clavicordio	
ALBERTO LAISECA	407

Para Maruxa, ,
para que disfrute leyéndolo como yo he disfrutado haciéndolo



¡Alegrad vuestros corazones, Tierra entera, pues los buenos tiempos ya están aquí!

Ha aparecido el Señor —¡vida, prosperidad y salud!— de todas las tierras y la sensatez ha descendido a su lugar. Él, el rey del Doble País por millones de años, ¡sublime en la realeza como Horus!

Todos vosotros, los justos, ¡venid y contemplad! Maat ha sometido a Isfet,

los malvados han caído de bruces y todos los codiciosos han tenido que retroceder.

El agua dura, no falta, y el Nilo lleva una crecida alta; los días son largos, las noches tienen horas

y los meses se suceden en orden; los dioses están contentos y sus corazones satisfechos, y la vida pasa entre risas y maravillas.

«Himno de coronación de Merneptah»
(1212-1202 a. n. e.), papiro Sallier I 8, 7-8, 11

Cerca de estas pirámides, a un tiro de flecha, hay una extraña figura de piedra que se yergue como un minarete, con facciones humanas de terrible aspecto, la cara girada hacia las pirámides y de espaldas hacia el sur, lugar por donde serpentea el Nilo. Se la conoce como Abu-l-Ahwal (el Padre del Terror).

IBN YUBAIR,

A través del Oriente (s. XII)

¡Egipto! ¡Egipto! ¡Tus grandes dioses inmóviles tienen las espaldas blancas por las heces de las aves, y el viento que pasa por el desierto arrastra la ceniza de tus muertos! Anubis, guardián de las sombras, ¡no me abandones!

GUSTAVE FLAUBERT,

Las tentaciones de san Antonio (1874)

Yo, también yo, conocí los caminos
que atraviesan el cielo, y por eso el viento es mi cuerpo.

EZRA POUND,

De Aegypto (1912)

Las pirámides hacen jorobado al desierto.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA,

Greguerías (1910-1960)

UNA MOMIA RECORRE EUROPA...



Al dormir lo veo claro...

J. V. FOIX

¡En cualquier lugar, con tal que sea fuera de este mundo!

¡En cualquier lugar!...

CHARLES BAUDELAIRE

Lector, quiero hilvanar para ti, en esta charla milesia, una serie de variadas historias y acariciar tu oído benévolo con un grato murmullo; dignate tan solo recorrer con tu mirada este papiro egipcio escrito con la fina caña del Nilo...

APULEYO, *El asno de oro*

En su relato «A Descent into Egypt» (1914), Algernon Blackwood cuenta cómo el narrador protagonista es testigo impotente de la desaparición espiritual de su amigo George Isley, un personaje brillante y sensible que por sus inquietudes personales se convierte en egiptólogo neófito. Los dos, dandis instalados en un exilio dorado a orillas del Nilo, sienten cómo una fuerza numinosa, inefable e imparable los va atrayendo hacia una realidad otra, fascinante y rapaz al mismo tiempo. Pero solo Isley acaba cediendo, atraído por algo que lo va absorbiendo hasta transformarlo en un individuo anodino, mera carcasa: su cuerpo continúa existiendo, pero su alma ha desaparecido para siempre. Esta pujanza succionadora, seductora y mortal como el más terrible de

los vampiros, cautivadora como un hechizo, no es otra cosa que el Egipto milenario, que acecha bajo la superficie profana del Egipto moderno. Como una sarna imposible de curar, los esqueletos ruinosos brotan aquí y allá sembrando la piel del país de costras y pústulas supurantes de mil promesas embriagadoras para quien se decida a hurgar un poco. Y a fe que se ha escarbado —primero con verdadera desazón y zarpas largas de expoliador— y se continúa escarbando —ahora ya con los guantes profilácticos de la ciencia arqueológica—, en busca de los vestigios de un mundo desaparecido hace, como quien dice, dos mil años. Y así la profecía del *Asclepio*, texto hermético de los primeros siglos de nuestra era, anunciaba el fin de ese Egipto que había sido imagen misma del cielo en la tierra —*templum mundi*— y donde habían residido los mismos dioses arrojados por sus piadosos habitantes. El abandono de los ritos sumiría el mundo en las tinieblas, y con los dioses ya exiliados en las lejanías del cielo, Egipto habría de tornarse un pálido reflejo de lo que antaño fue¹... Solo un futuro diluvio de fuego, agua y pestilencia ha de regenerar el cosmos y retornarlo a su verdadero sentido divino. A la espera de esta vuelta definitiva de los dioses, el Egipto arcano y *muerto aguarda soñando*, y despliega su poder encantador por entre los despojos desparramados a lo largo del país, desde los desiertos deshabitados y desde los mensajes grabados en los jeroglíficos... Este libro es una crónica de ese influjo. Todos somos George Isley.

¹ «¡Ay, Egipto, Egipto!, de tu religión solo sobrevivirán fábulas y estas resultarán increíbles para tus descendientes, las palabras que cuentan tus piadosos hechos solo permanecerán grabadas en las piedras; tu tierra se verá invadida por el escita, el indio o cualquier otro vecino bárbaro. Los dioses volverán al cielo, los hombres, abandonados, morirán en su totalidad y entonces, oh, Egipto, privado de dioses y de hombres, te convertirás en un desierto» (*Asclepio*, 24). (*N. del E.*).

Hete aquí, pues, otro aspecto de esa obsesión del hombre occidental —¿o es tal vez patrimonio de toda la humanidad?— de proyectar en una realidad que ya no es, o que tal vez nunca ha sido —en cualquier caso, un no-lugar, realidad intangible—, una tierra imaginada a base de sueños donde residiría el meollo definitivo de las cosas, y que nos ha convertido en unos perseguidores de fantasmas de primer orden. Una esquizofrenia ontológica de la que han brotado idealismos excelsos, utopías variadas, amores platónicos, mundos supra- y sublunares, países del ultrasueño y realidades a las que escapar... *N'importe où! n'importe où! pourvu que ce soit hors de ce monde!* Nuestro territorio fantasmático es el de *Aigyptos*, que no es ni el Egipto de nuestros mapas ni el Misr de sus actuales habitantes, sino aquel otro país que empezaron a vislumbrar los griegos —unas veces con los ojos abiertos como platos, otras con los ojos entrecerrados como quien sueña despierto— que viajaron a las tierras del Nilo. Pero sus antiguos pobladores no le dieron jamás a su país semejante nombre. Para ellos fue las Dos Tierras, las Dos Orillas, la Tierra Amada, el Ojo de los Dioses o, como muestra del dualismo que atraviesa todo su pensamiento, la combinación de *Kemet*, la Tierra Negra, y *Desheret*, la Tierra Roja².

² Para transcribir las palabras del egipcio hemos optado, por un lado, por seguir las formas transcritas por el griego o el copto con una tradición bien afianzada. Por ejemplo, antropónimos como Tutmosis, teónimos como Ptah, topónimos como Tebas, u otras voces genuinas —en cursiva— como *ka* y *ba*. Para otros términos —también en cursiva—, hemos decidido recurrir a transcripciones de la transliteración —la atribución de una letra latina a cada sonido egipcio— del original egipcio siguiendo la convención estándar que bebe de las soluciones gráficas inglesas. Asimismo hemos añadido una [e] entre los sonidos consonánticos para facilitar la lectura, ya que las escrituras del egipcio antiguo —jeroglífico, hierático y demótico— no anotaban las vocales, a excepción del copto, que adoptó el alfabeto vocálico griego. (*N. del E.*)

La primera se refiere a las tierras fértiles y cultivadas a orillas del río, el espacio civilizado donde impera la ley de Horus. La segunda, a los vastos desiertos estériles que se extienden a un lado y a otro del Nilo, el espacio agreste del violento Seth. Nuestro *Aigyptos* sería la voz griega que derivaría —y aquí empieza ya la leyenda— de uno de los epítetos de Menfis, la primera capital del país unificado: *hut-ka-Ptah* (seguramente pronunciado [hikuptah]), la «Morada del *ka* de Ptah», el dios patrón de la ciudad y divinidad cosmogónica.

Tras esta dudosa etimología, Occidente empieza a forjar el mito de una cultura ancestral, cuna de la civilización, poseedora de saberes arcanos y de conocimientos espirituales elevadísimos, de misterios celosamente ocultos, sede de construcciones desmesuradas y de otros mil y un prodigios. Esto, por un lado, porque, desde la cultura judeocristiana y a través de la Biblia, nos llega la imagen de Egipto como la patria de la idolatría, las malas artes y el gobierno despótico e injusto que sometió a la esclavitud al pueblo elegido. De hecho, la historia de Israel empieza con el Éxodo, esto es, con la salida de una tierra impía hacia la Tierra Prometida bajo el auspicio de la Ley de Yavé. Regido por este doble signo contradictorio, va desplegándose un imaginario ininterrumpido y vastísimo. Cada lugar y cada época ha ido vertiendo en él sus propias obsesiones y se ha ido configurando así un *Aigyptos* fantástico, hijo bastardo de tradiciones diversas.

Hay que tener en cuenta las peculiaridades del final de la civilización faraónica, pues ayudan a explicar su posterior recepción: por un lado, el hecho de que su desaparición no se debe a grandes catástrofes; más bien se va apagando sin aspavientos, en un proceso de varios siglos en los que se va dejando paso a nuevos protagonistas que la van vaciando de su fuerza original, articulada fundamentalmente alrededor de una realeza divina que funcionaba como bisagra entre los dioses y los hombres. Así, en la última época, los faraones lángidas —que, si bien adoptaron el papel tradicional de la mo-

narquía, no dejaron de ser basileos macedonios instalados en una Alejandría que miraba al Mediterráneo y daba la espalda al resto del país—, la administración romana —para la que Egipto fue el granero del Imperio— y, finalmente, el cristianismo, que se aposentó rápidamente en una sociedad que buscaba ávidamente nueva savia vital. Por otro lado, la aparente ausencia de herederos del legado faraónico. Sobre esta pérdida profunda, una zanja insalvable ha permitido, paradójicamente, que se levanten reconstrucciones fantásticas, no por falsas menos ciertas. Restos de su cosmovisión y bagaje cultural sobrevivirán, debidamente reinterpretados, como también veremos en este libro.

En el año 535 de nuestra era (n. e.), Justiniano ordena clausurar el último templo pagano de Egipto, el de Philae, dedicado a Isis, en la frontera con Nubia, y sus sacerdotes son enviados, fuertemente encadenados, a Constantinopla. Por aquel entonces, aquel templo era ya una anomalía enclavada en un rincón remoto de un país cristiano, y, con dichos sacerdotes, desaparecía definitivamente, si es que no lo había hecho ya antes, el conocimiento de la antigua escritura jeroglífica. Es precisamente en ese templo donde se tienen registradas las dos últimas inscripciones en demótico —con fecha 11 de diciembre de 452— y en jeroglífico —del 24 de agosto de 394—. Este sistema escriturario, que había nacido con la realeza faraónica en el Abidos del IV milenio antes de nuestra era, quintaesencia de toda la civilización egipcia, se convierte a partir de entonces en un misterio insondable y en terreno abonado para las más osadas especulaciones. El olvido de su razón de ser y las interpretaciones que se realizaron de esta escritura posteriormente vienen a resumir toda la aventura de la egiptomanía: a pesar de haber perdido la voz, de haberse extraviado la llave que nos habría permitido oír sus palabras, su apariencia fascinante no deja de producir más y más fantasmas. Y eso fue así hasta que las tropas napoleónicas tomaron el Egipto otomano en 1798,

se halló el fragmento de una estela con caracteres griegos, demóticos y jeroglíficos en Rosetta, y en 1822 el joven erudito Jean-François Champollion conseguía descifrar la antigua escritura de los faraones. Da comienzo entonces la ciencia de la egiptología, y las ruinas pueden empezar a ser escuchadas. Paralelamente se irán configurando los estereotipos del egiptólogo, tipo que devendrá fecundo en el imaginario popular: desde el sabio victoriano, aristócrata barbudo que vive encerrado en su obsesión, hasta el arqueólogo intrépido con su salacot —o, mejor todavía, con el fedora del doctor Jones—.

Podría pensarse que, después de la hazaña de Champollion, la imaginación ensoñada dejaría de producir monstruos, y que la recién desvelada razón vendría a iluminar todo aquello que había permanecido entre las sombras del misterio. La era de la especulación fantástica, el *Aigyptos* soñado, podía dar paso a la realidad revelada del Egipto positivo, relegando así el primero al olvido o, como mínimo, al escepticismo metódico de lo paracientífico. No obstante, el misterioso y esotérico personaje Agliè, argonauta atemporal de los saberes ocultos en *Il pendolo di Foucault* (1989), aseguraba que la peor calamidad que se había abatido sobre Egipto eran los egiptólogos. ¿Dónde encajar entonces a Athanasius Kircher, ese otro misterioso personaje con un pie en la ciencia y el otro bien aposentado en el pensamiento mágico que aseguraba haber dado muerte a la esfinge al interpretar, en su obra *Oedipus Aegyptiacus* (1652-1654), los signos grabados en el obelisco que se alza en la plaza Minerva de Roma? ¿Qué cara habría puesto al enterarse de que en ese cartucho donde él había leído «Los beneficios del divino Osiris deben conseguirse por medio de ceremonias sagradas y de la serie de los Genios, con el fin de que puedan obtenerse los beneficios del Nilo» tan solo había escrito el nombre del faraón Apries de la XXVI dinastía? Egiptosofía y egiptología: he aquí dos nociones opuestas de la verdad que comparten un

mismo objeto de estudio con tantas capas como el hojaldre. Y, aun así, cada una por su lado —porque hay que decir que la ciencia no solo no ha conseguido hacer desaparecer las ilusiones esotéricas, sino que a menudo se ha confundido con ellas—, van acumulando relatos maravillosos sobre un Egipto que se mantiene, en esencia, inefable. Para los unos, porque tienen por norma principalmente considerar *Aigyptos* como el misterio por excelencia sobre el que se podrán ir acumulando los más variados fenómenos inexplicables. Y para los otros, porque, aunque puedan leer sus mensajes y sacar a la luz sus vestigios sepultados, son conscientes de que hay una cosa que jamás podrá ser encontrada en ninguna excavación, tumba o papiro: esa chispa vital que nos permita entender o, mejor, aprehender y vivir la realidad de aquella Tierra Amada. Como una nueva Isis, los egipólogos van recogiendo los pedazos dispersos del cuerpo de Osiris descuartizado por su hermano Seth, sabiendo de antemano que no se conseguirá el ensamblaje definitivo, ya que el miembro capaz de generar la vida, aquel falo que tan solo la magia de Isis fue capaz de reemplazar para engendrar a Horus, fue lanzado al río y se lo tragaron para siempre los peces del Nilo.